

SALUD MENTAL Y AMBIENTE CULTURAL

El ambiente cultural en el que al individuo le ha tocado vivir y en el que se encuentra inmerso, es determinante para su salud mental como lo es su bagaje biológico o su *habitat* natural. La tradición cultural moldea, a lo largo de su vida, sus metas, sus valores, su alimentación, sus mitos. Las culturas tradicionales poseen de manera semejante la capacidad de brindar al individuo una explicación plausible de su lugar dentro de la sociedad y dentro del cosmos, aun a pesar de las aparentes diferencias superficiales debidas a los diversos grados de tecnificación y confort. Es un lugar común el constatar que estas diferencias tienden a desaparecer tras un proceso de homogenización trasnacional y que los esquemas tradicionales que normaban los valores y las formas de relación interpersonal se encuentran en proceso de cambio acelerado. De esta manera el sujeto pierde las certezas que anteriormente la cultura le brindaba para protegerlo de la angustia. Paralelamente, las tradiciones locales e incluso la herencia cultural de siglos pasados, se desvanecen del saber del individuo, tras el embate de formas omnipotentes y omnipresentes de comunicación que vehiculan, aun sin su aceptación, los elementos de una forma diferente de concebir el mundo y sus valores. No basta constatar la invasión que sobre las conciencias ejercen nuevos y falsos valores, héroes y necesidades, para defender al individuo que vive un proceso de *enajenación* ya mencionado por muchos. Hombres de diferentes campos, de formación disímil, pero interesados todos en el respeto a la libertad y a las tradiciones genuinas y humanistas, luchan de diferentes maneras por rescatar y preservar un ambiente cultural interesado en promover y desarrollar las potencialidades humanas, que son limitadas precisamente, por las influencias consumistas, cosificantes y alienantes.

Felizmente este ambiente cultural puede ser hoy modificado en todas sus formas, por la mano del hombre, de una manera que jamás se soñó en el pasado. La posibilidad de programar e instrumentar el acceso a la cultura y sus contenidos (más allá de los planteamientos skinnerianos o wilsonianos) es sin duda un arma semejante en su trascendencia virtual, al fuego que Prometeo robó a los dioses. Debe ser por ello una labor colectiva en donde se resuma el libre y decidido esfuerzo por rescatar la herencia del pasado, las particularidades locales, la multiplicidad de la expresión del hombre, el interés sincero y responsable en su formación y educación.

Esta empresa es posible de ser llevada hacia los sitios geográficos más apartados rompiendo la exclusividad que hasta ahora mantenían como fuente generadora de cultura los grandes centros urbanos, y puede abarcar además los diferentes estratos de la población incluyendo a los que eran tradicionalmente pasivos e ignorantes.

En la solidaridad que se genere en los grupos sociales, en el acceso a las obras que siguen transmitiendo al hombre de todos los tiempos un mensaje de valor y de fraternidad, en la difusión de la realidad que la ciencia penetra y modifica, se encuentra un poderoso motor de creatividad hacia la conquista de la conciencia y de su función crítica frente a las tradiciones del odio, la intolerancia o el vasallaje bajo todas sus formas. (H.P.—R.)